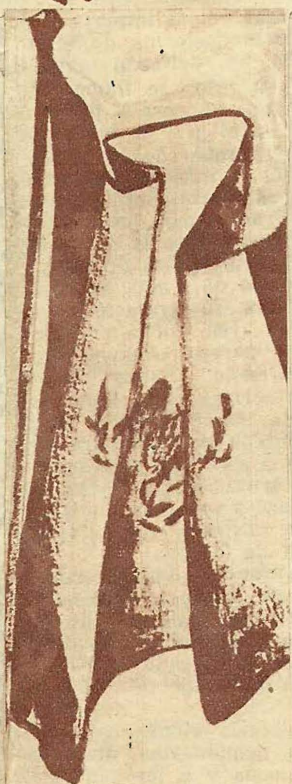


Reflexiones del Himno

Nacional

Por Manuel López Pérez



Cuando los primeros grupos de hombres decidieron establecerse en lugares propicios para su vida, ello presentó un fuerte anhelo de creación, un afán manifiesto de que al realizarse, la creación perdurara, naciendo de aquel anhelo y este afán que las contenía en su seno amorosamente, como las crisálidas a las mariposas, las instituciones básicas de toda convivencia. La conciencia de la especie apuntaba ya como un sol párbulo que poco a poco, con sus fuegos cada vez más intensos, revelaría que el amor aspira a la inmortalidad del amado y que ésta se consigue por la vía natural de las generaciones, engendrando "en los cuerpos" y después en el espíritu. ¡Y chispa de amor era el anhelo de crear y el afán de preservar para siempre lo creado!...

Los lugares escogidos por nuestros remotos antepasados para residir en ellos, pudieron seleccionarse gracias a las múltiples experiencias de la vida cómica. La memoria visual de aquellos hombres de ojos que con vigores virginales habían contemplado la naturaleza pujante de sus primeros días, los hábitos de observación desarrollados por la necesidad de proporcionarse los medios de sustento, los recuerdos de sus luchas por sobrevivir, combatiendo no sólo con los elementos y con las fieras y alimañas, sino con otros grupos de hombres, ilustraron seguramente su criterio para decidirse a ocupar ésta o aquella región. Por las cualidades encontradas en el campo elegido, debió parecerles atractivo, grato, amable. Y una vez establecidos viendo que la tierra parecía comprender sus deseos y corresponder a sus esperanzas, sintieron apego hacia el suelo generoso que los había acogido, dándoles leña para sus fuegos, agua para su sed, frutos para su hambre; con sus ríos y lagos aparte de los peces, lecciones de claridad y enseñanza de canto; con sus montes, torres para atalayar vigilando las lontananzas al mismo tiempo que cortina contra los vientos y fortificación contra los enemigos; con sus llanuras, pastizales y sembradíos regazo para la urbe rudimentaria, explanada para el espectáculo primitivo, el de los hijos jugando, las primeras manifestaciones del culto, las escenas naturales de toda vida pastoril y agrícola. Tal vez los primeros logros y los elementísimos cálculos que más tarde recogió para la formulación de su famosa ley el genio de Halthus, despertaron la ambición de extenderse en la posesión de la tierra hacia límites más amplios que en las demarcaciones más o menos imprecisas de los primeros días, cuando se detuvieron en las zonas que les parecieron mejores. Probablemente con estos elementos someramente y con indiscutible deficiencia enumerados, se integró en la interioridad de los hombres el primer esbozo del concepto de Patria. Y la expresión cada vez más perfecta de ese concepto, épico en la forma para la expresión lírica, pero ya con el contenido correspondiente, constituyó el himno. En todas las composiciones de ese género que hemos podido conocer es palpable la característica de la literatura a base de imágenes que exaltan o destacan otras imágenes, y también, con gran vigor, aunque sin continuidad, el acento lírico o sea la exteriorización del dramatismo con que percibe la vida la conciencia íntima del ser humano vertido a los ritmos del canto, simbolizado en comparaciones con el acontecer natural que, en estas condiciones, no tiene más interés que el de servir a la expresión que viene de lo más profundo, de lo más íntimo del hombre.

Amamos la tierra que poseemos. Sobre su regazo nos coloca la vida, porque así lo

Recortes
Pag 52

72

quisieron nuestros padres que nos acariciaron con la mirada de sus previsiones, cuando quisieron crear y hacer que perdurara hasta la eternidad lo que habían creado. Por eso la exaltación de lo nuestro: lo que fuimos, somos y seremos, contraponiéndolo defensivamente a lo que fueron, son y serán otros pueblos.

Nuestro Himno Nacional no difiere en cuanto a lo que llevamos dicho, de los otros himnos que cantan las naciones. Para nuestro complejo occidental probablemente los cantos que mejor comprendamos sean los de los pueblos que nosotros llamamos antiguos, por ejemplo los griegos. Los aludimos con frecuencia porque la leyenda y la historia nos los han impuesto justicieramente como admirables. Un canto de Tirteo —expresaba alguna vez Urueña— conduce a las huérfanas espartanas a la victoria. Veamos en qué consistían estos cantos que tanto poder tenían sobre el ejército, ya que “los que combatieron en Marathon, fueron a la batalla cantando himnos antiguos”. Para nuestro modesto objeto, consideramos a propósito citar algunos pasajes del segundo fragmento que de los cantos de Tirteo nos quedaron, comparándolo con otras manifestaciones del fuego patriótico vaciado en los himnos. Y como decía Homero: Escuchad, porque este canto es bello: “Qué bello es morir combatiendo en primera fila por la patria. No hay calamidad que pueda compararse con la del ciudadano que tiene que abandonar su país. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante, mendicando un pedazo de amargo pan en tierra extranjera, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su joven esposa y con sus tiernos hijos en brazos... ¡Ah, sepamos morir por nuestra patria, por nuestra familia y por la libertad. Héroes espartanos, combatamos estrechamente unidos. Nadie de nosotros se deje dominar del temor ni se entregue a la fuga. Pródigos de vuestra vida, precipitaos con generosa resolución sobre el enemigo. Guardaos de abandonar a esos ancianos, a esos veteranos, cuyas rodillas están ya endurecidas por la edad! ¡Qué ignominia si el padre cayera en la refriega antes que el hijo! ¡Qué ignominia sería el verle agitarse por el suelo con su cabeza cana y sus barbas blancas, y cuando el enemigo viniera a despojarle acudir con sus manos a cubrir su ensangrentada desnudez!... Espartanos, marchemos, pues contra el enemigo. Difícilmente puede superarse este poema en que se aprovechan todos los recursos habidos en el corazón del hombre para estimularlo a combatir a muerte. El poeta presenta, como ya lo anticipamos, imágenes; el abandono del país, los deliciosos sitios que vieron nacer al guerrero, la trahumancia mendicante en tierra extraña, en compañía de la esposa, de la madre de los hijos llevados en brazos, del padre valetudinario; hay que luchar por la familia, porque no caiga primero el hijo que el padre en la pelea, y es estremecedora la descripción del viejo caído. Dos ideas abstractas —elemento ya no épico, sino lírico— se enumeran:

La patria y la libertad. Puede hablar de la patria el que perciba las imágenes de que echó mano el Tirteo arengador, porque ellas son los elementos objetivos que en abstracto representa la palabra patria, y en el caso concreto, la libertad también se resume en tan “paternal” vocablo, en tan bello concepto porque ella, como facultad humana en ejercicio sólo es posible por las instituciones, cuya misión es conservar la obra.

Las mismas ideas encontramos en el canto del banquete republicano que al ha-

blar de la Revolución francesa recoge Chateaubriand: ¡Oh día de eterna memoria, embellecéte con nuestros laureles! ¡Siglos apenas podréis creer las victorias de nuestros guerreros: el enemigo puesto en dispersión huye y muere el polvo... Ven, libertad, a presidir nuestras solemnidades y a gozar de nuestras brillantes hazañas”.

El enemigo, en este canto, es el extranjero, la confabulación de los tronos en contra de la Francia Revolucionaria; y era también el enemigo, aunque fuera francés, el adversario de las ideas libertarias que un día plasmaron la República, porque ese contravenía el amor que inspiró a los fundadores de pueblos que querían lo mejor para sus pósteros.

En la marsellesa tenemos estrofas maravillosas, cargadas de hondísimo dramatismo: “¡A las armas, ciudadanos! Formad vuestros batallones; queden nuestros campos bañados de sangre impura... ¡Como! Las Legiones extranjeras darían la Ley en nuestros hogares!... Nuestras frentes se doblarían al yugo que les impusieran unas manos cargadas a su vez de cadenas! Serían unos infames déspotas los dueños de nuestro porvenir!... Sagrado amor de la patria conduce y dá esfuerzo a nuestros bravos vengadores. ¡Libertad, Libertad adorada, combate en auxilio de tus defensores!... Haz que al eco de su varonil acento, corone nuestros estandartes la victoria y que tus enemigos al morir presencien tu triunfo y nuestra gloria...”

Estos cantos son hermanos de aquel que los caballeros mongoles entonaban a la hora de la lucha, porque les relataba ejemplos heroicos:

“Para no caer vasallos se ataban a sus caballos...”

Perdónenos el lector la insistencia, en tratar de arrancar su secreto al número que ha inspirado los cantos heroicos, himnos de las diversas patrias por declaración oficial o sin ella, porque nos preocupa valorar el contenido de dichos símbolos. Succede con éstos que representan concepto, lo que con los conceptos mismos; se sobrestiman constituyendo fetichismos e idolatrías sinceras o artificiosas. Digamos que el himno nacional es, como la bandera, un símbolo de la patria, y que ésta es un contenido de intereses y derechos, proveniente del anhelo de crear y de perpetuar lo creado. El último propósito es el que inspira la parte bélica de los himnos, porque ella expresa el espíritu defensivo. Pero es el anhelo creador el que pone en el canto los acentos de belleza. Ahora bien, cuando hay sobrestimaciones simbólicas, conceptuales del caudal patriótico artificiosas, consisten en que los intereses se colocan por encima de los derechos y so pretexto de defender los valores patrios, se cae en la expansión agresiva sobre las otras patrias o sobre la dignidad de los propios nacionales. Es entonces cuando los símbolos se convierten en fetiches, porque detrás de la belleza que les dió el anhelo de creación se ha emboscado, desplazando

al patriotismo sano, el nacionalismo enfermizo y exagerado que se identifica con las ambiciones y tareas de los hombres del poder. El efecto de la conversión de los símbolos en fetiches, gracias a la belleza tradicional del afán que los engendró, puede ser la sobrestimación sincera, pero equivocada, del símbolo por parte de los pueblos, y tan peligrosa, por los intereses empeñados en capitalizarla, como sería inofensiva si fuera espontánea en cuanto que no ocurriría sino el espectáculo de una ingenuidad romántica con ribetes de inicua cursilería, pues no debe olvidarse que ningún símbolo puede ser superior a los valores que representa, y menos aún, cuando esos valores están sin

73

tetizados, en el caso de himnos y banderas, en el hombre como persona, sin precio, porque su categoría es de dignidad.

Podemos ahora volver los ojos hacia la letra de nuestro himno, oficial desde los tiempos de su Alteza Serenísima.

Ya estamos en antecedentes acerca de la naturaleza combativa de estas piezas artísticas, lo mismo en Tirteo que en el canto de los marselleses, que en el canto del banquete republicano, que en los cantos de los caballeros mongoles. La inspiración de los pueblos conjuga en los himnos un "dentro" y un "fuera"; la patria propia y las otras patrias. También conjuga un "dentro" y un "fuera"; con relación a la fidelidad de los hombres de una misma patria, a los principios tradicionales de la nacionalidad: anhelo creador y labor incansable para la perpetuación de lo creado, como tarea de amortarea que se desvirtúa en su naturaleza amorosa, cuando la conservación se hace agresiva desbordándose en imperialismo lesivo de otras patrias, o cuando lesiona lo más caro de una patria: la dignidad de sus hombres para los que fué creada.

La primera estrofa de nuestro himno, en este breve análisis, nos ofrece una oscura sonoridad:

"Ciña ¡Oh Patria! tus sienes de oliva por el dedo de Dios se escribió".

Parece que la paz, que vivir en paz es el destino de México, porque así lo quiso Dios y escribió tal deseo; y si así lo vio el poeta, desequilibra un poco el siguiente verso que como que rebaja el poder de Dios para cumplir sus deseos, puesto que algún enemigo puede atreverse a contrariarlos:

"Mas si osare un extraño enemigo profanar con su planta tu suelo, piénsa ¡Oh Patria querida! que el cielo un soldado en cada hijo te dió".

Habíamos quedado en que Dios con su propio dedo y en el propio cielo había escrito el destino pacífico de nuestra Patria, y en los dos últimos versos de la primera octava, después de reconocer beligerancia al extraño enemigo, para contrariar la voluntad divina, nos resulta el poeta con que no obstante lo escrito, el cielo había dado a México un soldado en cada hijo. En la octava siguiente nos va a demostrar Bocanegra lo peligroso que es resolver temas cívicos y temas religiosos. Dice a la Patria:

En sangrientos combates los viste, por tu amor palpitando sus senos, arrostrar la metralla serenos y la muerte o la gloria buscar.

Si el recuerdo de antiguas hazañas de tus hijos inflama la mente, los laureles del triunfo tu frente volverán inmortales a ornar.

Para la conciencia religiosa nadie debe buscar la muerte o la gloria (gloria en el sentido humano); lo rimero porque vá contra el precepto: "No matarás". y el que se mata asimismo, mata un hombre; lo segundo porque esa gloria buscada, si no es la eterna, la de reintegrarse al seno de

Dios, es solo mundanal vanidad. Aparte de esto, resulta que el destino pacífico de México nunca fué respetado por los mexicanos que en sangrientos combates anduvieron siempre buscando la muerte o la gloria, expresándose además, al final de la octava que si la inspiración en las antiguas hazañas tiene vigencia, —la vigencia del mal ejemplo— la victoria aportará laureles para la adorada patria.

La resonante y magnífica tercera estrofa nos dice con majestuosa imagen plástica cómo fué vencida la discordia que hizo de las suyas entre los mexicanos y cómo no se combatirá ya entre hermanos,

sino únicamente contra quien insulte el nombre de la Patria. Nadie que sepamos ha proferido insultos contra la palabra

MÉXICO. Yendo al fondo, los mexicanos habían contrariado el pacífico destino que nos había señalado Dios, combatiendo no sólo contra enemigos extraños, sino contra hermanos o compatriotas. Nada cristiano es considerar hermanos exclusivamente a los nacidos en México.

"Como el golpe del rayo la encina se derrumba hasta el hondo torrente, la discordia vencida, impotente, a los pies, del arcángel cayó.

"Ya no más de tus hijos la sangre se derrame en contiendas de hermanos; sólo encuentre el acero en tus manos quien tu nombre sagrado insultó.

En la siguiente estrofa debemos, por órdenes del poeta, rebelarnos contra la voluntad de Dios, y peleando lograr la unión y la libertad nuestras, en la convivencia nacional, combatiendo al enemigo o sea al que intente manchar los blasones de la Patria; pero como estos blasones puede mancharlos no de los nuestros, varios o muchos, se dificulta el logro de la unión, y también el de la libertad, puesto que no podremos dejar libres a los que manchen los blasones nacionales.

¡Guerra guerra sin tregua al que intente De la patria manchar los blasones! ¡Guerra, guerra! Los patrios pendones En las olas de sangre empapad.

¡Guerra, guerra! En el monte, en el valle,

Y los ecos sonoros resuenen Con las voes de ¡Unión! ¡Libertad! Los cañones horrisonos truenen.

El resto de nuestro himno salvo contradicción —ya subrayada— en que cae fácilmente todo aquel que mezcla en sus sentimientos, en sus ideas y en la correspondiente expresión de ambos, las afirmaciones religiosas y las verdades puramente humanas, completa gallardamente y sin más indicaciones el monumento lírico que el pueblo llevó a la consagración, misma que ha sido ratificada en estos días. Las contradicciones que hemos subrayado, no constituyen propósito de afean nuestro himno oficial que hizo palpar con ritmo bravío nuestro corazón desde que éramos niños, sino en deseo de analizarlos como símbolo, estableciendo las correspondencias que toda obra artística que tenga oficialmente, o siempre, desde el punto de vista estético, esa categoría, debe guardar con su contenido, a efecto de que la jerarquización genética, que ya quedó expuesta, anhelo de crear y de perpetuar lo creado, no se subvierta como suele suceder creando fetichismos, según pretendimos describir en el curso de esta modesta meditación con que nos place cooperar para la confirmación por parte del pueblo del alto valor expresivo que tienen el supremo canto patrio.

